CATALUÑA

REVISTA SEMANAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Calle de Muntaner, 22, bajos
De los artículos firmados son responsables sus autores
No se devuelven los originales

— PRINCIPALES COLABORADORES —
R. Rucabado.-Carlos Jordá.-J. M. López Picó.-F. de Sagarra.—Eladio Homs.-J. Martí y Sábat.—J. Farrán y Mayoral.—Manuel Reventós.—Emilio Vallés.—J. Garriga Massó.—Ernesto Homs.—María C. Torner.—Eugenio d'Ors.—J. Torres García.—D. Martínez Ferrando.—Bernabé Martí y Bofarull.—J. Bosacoma y Pou.—Luis Jover Nunell.—J. Bassols.—C. Creuhet.—L. Figueras Dotti.

SUSCRIPCIÓN
España . . . . . 3 pesetas trimestre
Europa . . . . . 3 francos
Número suelto . . . . 25 céntimos
PAGO ANTICIPADO

Año VI — Barcelona 7 de Septiembre de 1912 — Núm. 257

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES

SUMARIO

Milá y Fontanals, por La Redacción.
Milá catalanista, por José Carner.
Conmemoraciones -El monumento á Milá, por Miguel S. Oliver.*
Discurso del Dr. Torras y Bages, (traducción).
Discurso del Dr. Rubió y Lluch, (fragmentos traducidos.)

Milá y Fontanals como crítico literario:
Moral literaria.-Contraste entre la escuela escéptica y Walter Scott.
Milá y Fontanals como filólogo:
La literatura italiana y la catalana
Milá y Fontanals, poeta:
La Cansó del Pros Bernat *(2.ª parte)*
La complanta den Guillém.
1840.

Sobre «La Complanta den Guillém».-Pequeña glosa á una poesía extraordinaria, por José Morató.*
Una edición interesante. Los «Deberes del Hombre» de Silvio Pellico, traducida por Milá y Fontanals, por R.
Dos capítulos de la obra:
Necesidad y valor del deber.
Alta idea de la vida y fuerza de alma para morir, por Silvio Pellico (Milá y F. *trad.*)

Enseñanza profesional
El VIII Curso de Expansión comercial en Barcelona, el año 1914, por R.

Crónica internacional
La proposición Berchtold, por Kar.
Desde Inglaterra.-La España de los artistas.-El ideal ibérico, por Daniel Martínez Ferrando.

La Semana
Nota de actualidad.—*La conmemoración de Milá y Fontanals.*
Nota halagueña.—*La salud de Barcelona,* por el Dr. Enrique O. Raduá, (*Medicina Social.*
Teatro de la naturaleza —*Fiesta helénica.*
Prometeu, (*Escena III del Prometeu Encadenat, de Esquil*) trad. de Arturo Masriera (fragmento).

Milá y Fontanals

El pueblo y los hombres de letras de Cataluña se reunen estos días al pie del monumento erigido en Vilafranca del Panadés á uno de los primeros hombres de nuestro renacimiento: á D. Manuel Milá y Fontanals, profesor de Literatura y de Estética, filólogo, historiógrafo de la poesía heroico-popular catalana y castellana, suscitador de la canción épica é inspirador de nuestra moderna poesía, precursor del desarrollo literario, impulsor del patriótico, maestro de filosofía y varón de austera y noble vida y santa muerte.

Milá y Fontanals aparte del gran valor científico de su obra estética, de su metodología crítica que ha extendido su renombre en los centros culturales de todos los paises, y cuya consagración es el haber engendrado á Menéndez Pelayo, debe sernos particularmente querido por la clarividencia que señaló su intervención en la restauración de los Juegos Florales, en 1858, al hacer que fuese la lengua catalana la única admitida al certámen. Esta acertadísima exclusividad encendió el catalanismo.

Milá y Fontanals es uno de los patriarcas de la Cataluña moderna, y en sus canciones, impregnadas de la dulce fortaleza y madurez de la tradición y llenas de la ancha magnanimidad de su espíritu clásico se siente plenamente el orgullo de ser catalán y se experimenta el anticipo de la gloria futura que espera á Cataluña entre todas las naciones.

Cuanto más se sumerge el espíritu en la lectura de la *Complanta den Guillém*, en la *Cansó del Pros Bernat*, en *Arnaldó de Beseya*, en el *Cas veritable*, sus obras maestras poéticas, mas se saborea su sentido tan maravillosamente clásico y tan profundamente popular, fusionados, unificados ambos caracteres con una robustez que sobrecoge. Es la dureza del granito y del roble.

Generaciones y generaciones de catalanes con emoción siempre más entrañable, irán descubriendo plásticamente los fundamentos de nuestra raza, encarnados en las estrofas ya inmortales. El ritmo de ellas es el ritmo definitivo de toda la vida catalana: contienen religión, amor, empresas é ideales, sacrificio, altivez, abnegación, rimadas con sobriedad y serenidad soberanas, y en sus portentosas evocaciones parece que asiste el lector devoto al momento en que la Raza se funde en el crisol de la gran época románica, y aparece virgen y poderosa

dona guerrera y pia

como Teudia, la esposa del Pros Bernat.

Milá y Fontanals, venerable ante nuestra generación, de hijos y de nietos suyos, presidirá con lozanía y juventud eterna la historia del renacimiento de Cataluña, que empezando en el siglo XIX proyectará su resplandor hacia la plenitud y la gloria futura de nuestra tierra.

Milá catalanista

Permitidme que yo, convencido como mi querido amigo D. J. Casas y Carbó, de que es necesario impedir a los castellanos que se separen de nosotros, y por lo tanto ferviente partidario de la unidad estatística española—y aun ibérica—escriba hoy cuatro líneas algo duras sobre el catalanismo de Milá. El título de este artículo asombrará, no sin razón, a muchos, porque á Milá no se le puede llamar catalanista en el sentido de afiliado a nuestra concreta disciplina política; pero es lo cierto que a Milá se debió no solo la primera tenacidad literaria del catalanismo, sino aun, cierta declaración de heroismo catalanista que conviene recordar a menudo para completar el aspecto de su entereza y cuadratura de convicciones.

***

Gracias a Milá y Fontanals, al tratarse de la llamada restauración de los Juegos Florales de Barcelona, acordóse que solo se admitirían poesías catalanas en la nueva tenzón. El resultado de esta exigencia fué mucho mas eficaz y trascendental de lo que previera Milá. El catalanismo, todo el catalanismo, fué consecuencia inmediata de los Juegos Florales, y en él aparecieron terribles hipérboles, ambiciones, enojos, magníficos descompasamientos vitales, que la serena paz de Milá no augurara; con todo Milá afirmó veinticinco años mas tarde en su discurso presidencial de los Juegos Florales de Barcelona que NO LE PESABA haber llevado al ánimo de los fundadores del nuevo certamen la exigencia del verbo catalán en la poesía. Nuestro arte será artificial, contingente, vano, si no se expresa en el nativo idioma; esta declaración de Milá sigue siendo nuestro lema, y todos nuestros programas de genuinidad en todos los órdenes derivan de ella. Cuando un pueblo tiene personalidad para crear una literatura, la tiene para cualquier otro negocio, dictamen o empresa; pues no es la personalidad de los pueblos cosa que se divida y singularice, o pueda acomodarse blandamente a un derivativo puramente académico. La afirmación de Milá de que NO LE PESABA su influencia decisiva en el monopolio artístico de la lengua catalana, cuando ya se manifestaba toda la fecundidad revolucionaria (en el mayor sentido de la palabra) de aquella simiente literaria es para mí indicio de un patriotismo tan fuerte e irreductible como los párrafos de luz de la crónica de Montaner, y quizá más meritorio. Montaner vive al cabo en un período de gloria y cuando la expansión catalana por el Mediterráneo reputábase prenda de todas las grandezas: su locuacidad imperialista en cosa facil, era lógica, sobre todo en un *vantard*, como él. Pero Milá que halló a Cataluña postrada, su idioma preterido, la fórmula del patriotismo oficial—en que de buena fé comulgaba—ahuecada y desnaturalizada, la vida catalana desmedrada y arrecida por todas las timideces provinciales; Milá que era hombre respetuoso, dulce, súbdito fiel, admirador de las glorias castellanas, escritor castellano, necesitaba grande riqueza y pujanza de savia catalana para decirse (en Mayo del año 1883 después de haber presenciado los mas increibles chaparrones de poesías amenazadoras, discursos apocalípticos y mansos conatos de valores culturales) para decirse en sus adentros algo que equivalía á estas palabras:-Hay en Cataluña un brío que nace, ó que renace; un brío que parece desatentado, furioso, extraviado, absurdo. Ha bastado un pequeño torneo literario, que es una bastardeada imitación medieval, con poesías mediocres las mas de las veces, para crear un violento remolino de vida inexplicable. Yo creo que todo esto está lleno de peligros, y que pueden ser inminentes todos los desastres. Pero la expresión artística en el verbo nativo, origen de tan descomedido estado social es un *deber de honradez y dignidad colectiva*, y aunque por cumplir nuestro deber sobrevinieren los mas pavorosos cataclismos, no por eso hemos de arredrarnos y transigir con la culpa o la pereza. Si por escribir los poetas en catalán, llegasen a la concreción política del separatismo:—¡Apartáos de mi sombra ingente, ralea de traidores!—les diría con justa indignación y acento de uno de mis héroes favoritos de Walter Scott; mas si me respondían; -Maestro, ¿debemos escribir en castellano, pues el hacerlo en catalán nos trajo a ese aislamiento y saña en que vivimos?—, yo no podría hacer mas que suspirar y volver el rostro POR LO IRREMEDIABLE DE LA CATÁSTROFE.—

Esto significaban las palabras de Milá en su segundo discurso presidencial de los Juegos Florales cuando, daba nuevo peso a sus palabras su certidumbre de hallarse próximo á la muerte y la inmortalidad.

JOSÉ CARNER.

Conmemoraciones

El monumento á Milá

Tal vez alguien se duela de que el monumento inaugurado en Villafranca del Panadés no lo haya sido en Barcelona, como adorno y orgullo de la nueva urbe. Y, sin embargo, yo creo de una íntima delicadeza la elección de dicho emplazamiento, en medio de la villa natal, en el corazón mismo de aquella Cataluña, austera y dulce á la vez, que Milá y Fontanals, simbolizó y tuvo perennemente en el alma. Allí volarán, en torno de la columna, los últimos vagidos de la musa popular que inició al futuro romanista en la religión de la belleza y que, más todavía que el estudio, debía revelarle el secreto y la íntima explicación de las edades heroicas y patriarcales. El sitio de su monumento está allí: en la plaza de uno de estos pueblos de noble tradición campesina, de los cuales se desprenden ráfagas olorosas *de garrofa y vi novell* y de donde sube al cielo despejado y trasparente, con el humo de los hogares y la vibración vespertina de las campañas, la emanación de todos los dones de Ceres fundida en un aroma geórgico y de eternidad.

¿Ruralismo, *vigatanismo*?... Sea. Pero, ¡qué ruralismo el de Milá! ¡Qué percepción exquisita y sutil la suya de aquellos momentos de coincidencia insuperable entre los plenamente popular y lo plenamente artístico! ¡Qué gusto tan depurado para distinguir esas dos cosas al parecer tan juntas y en realidad tan opuestas y distantes: lo popular, lo vulgar! Acaso hemos hecho ya un tópico de nuestras diatribas contra el ruralismo de la literatura catalana, contra el arte «infantil y de pesebre» que vino á caracterizar uno de los primeros períodos del renacimiento. Y este tópico exigiría alguna revisión. La nobleza del arte no radica en los asuntos, sino en el artista y en la manera de conducirlos y tratarlos. La barretina y la alpargata, no salvan ni hunden por sí mismas ninguna producción. Bueno es que los escritores y los poetas traten de aclimatar aquí y en lengua catalana los temas urbanos y aun las complicaciones psicológicas que ofrece y plantea la civilización en sus grandes centros; pero es rendir tributo á la superficialidad, esa simple clasificación por temas externos y con independencia del sentido, de la ejecución, de la profundidad ó delicadeza personal del artista. Ahora mismo estamos viendo no pocas tentativas de arte seudo-refinado y aun con pretensiones de *boudoir* y *garçonnière*, que constituyen verdaderos delirios de hortera y resultan más inciviles y bastos que todos los antiguos romances de romería y fiesta mayor.

Milá y Fontanals vino á representar un caso peregrino en nuestra época de avanzada decrepitud y escepticismo tormentoso. Alma de niño en cuerpo de gigante, parecía un retorno al tipo de los varones justos y prudentes de la antigüedad, una aproximación á la naturaleza y á la sencillez é ingenuidad primeras, que la ciencia no debía destruir en él, antes bien las fortaleció y acrecentó cada día y cada hora. «Hasta

físicamente parecía en sus últimos años un venerable viejo de cantar de gesta, un *aedo* redivivo, que con su prócer estatura dominaba las muchedumbres y de cuyos labios impregnados de bondad y sabiduría parecía próximo á desatarse siempre el raudal del canto y de las sentencias de oro provechosas para la vida humana.» Así tuve la fortuna de conocerle todavía en su cátedra durante uno de los postreros cursos que explicó en medio de la incomprensión y á veces del irrespetuoso bullicio de aquellos docientos estudiantes que el «preparatorio» de Derecho enviaba entonces á turbar las clases de la facultad de Letras. Su gran estatura y corpulencia, los pliegues de la toga cayendo rítmicos hasta los pies, la nieve de sus cabellos y de su barba recortada y oval, completaban esa apariencia del varón preclaro, cuya cabeza hacía pensar á la vez en los bustos clásicos de Homero ó Hipócrates y en la indefectible y asegurada glorificación del propio maestro, cuando Dios dispusiera de el y fuese llegada la hora de preparar el mármol para su efigie.

Ocupaba su sillón, cruzaba los brazos sobre el pecho y, haciendo jugar los dedos de sus manos entralazadas y medio cerrados los ojos, daba suelta á su explicación con una monotonía de voz apenas creíble. Ni un matiz, ni una inflexión, ni un cambio. La nota con que comenzaba, esa era también la última, después de haberse sostenido invariablemente durante toda la hora de clase. Las citas de versos ó de prosa que intercalaba, confundíanse muy á menudo con la explicación propiamente dicha, sin que cuidase de hacerlas destacar por medio de pausas ó diferencias de voz é intensidad. En cambio, lo que decía era de una corrección gramatical irreprochable, y tanto que escribiendo no hubiera salido mejor ni más definitivo. Jamás le era necesario volver atrás ni interrumpir su salmodia para tachar ó rehacer la linea confusa, como á tantos profesores, aun los de más facilidad oratoria, acontece. Y, en resumen, su lección se parecía más á un monólogo dicho para sí, con abstracción del auditorio y á fin de satisfacer su propia conciencia, que al trabajo elaborado bajo el estímulo de la ajena espectación y curiosidad.

Con esto no hacía tal vez otra cosa que comprender la verdadera actitud y significación de dicho auditorio abigarrado Se iba allí para ganar la asignatura, porque era indispensable para obtener el título en su día, como el título era indispensable también para ejercer la profesión: para ser notario, escribano, registrador de la propiedad. Los mismos estudiantes de la facultan de Letras, que se reunían allí con los de Derecho, no solían salvo raras excepciones mirar á la vocación sino á la carrera. Todo eso que se ha abierto ahora camino entre la juventud y en la aspiración reflexiva de los hombres ilustrados: la iniciación en un método, el trabajo sobre lo desconocido, la investigación de primera mano la creación científica propiamente dicha, todo eso era entonces menos desconocido: era insospechado é inexistente. Y la mayor brillantez universitaria y académica se reducía á la repetición ó amplificación oratoria de cosas tomadas de otras, copia de copias y reflejo de reflejos, que jamás conducían á la materia prima y al texto auténtico de que se trataba.

Así puede afirmarse que el magisterio de Milá y su fecunda obra de iniciación no proceden de la cátedra sino del libro y, en todo caso, de alguna preferencia aislada y excepcional entre sus propios alumnos, de que puede servir de ejemplo y el más grande de todos: Menéndez y Pelayo. No sólo cabe decir del ilustre hijo de Vilafranca que, durante mucho tiempo, fué su mérito superior á la nombradía; debe añadirse también que la nombradía fué superior á la comprensión ó, en otros términos, que se vió entre sus contemporáneos más respetado y venerado que entendido. Sus grandes aciertos como intérprete de las literaturas occitánicas y medievales en general, sus grandes momentos de poeta debidos á la fusión de esa ingenuidad infantil á que ya me referí con la ciencia más acendrada y profunda, tardaron mucho tiempo en ser reconocidos, admirados y apreciados en todo su valor y trascendencia. Su teoría de lo heróico-popular, la existencia, por él puesta en claro, de una epopeya castellana, el vínculo de unidad entre el romancero y los antiguos cantares de gesta, el paralelismo que se observa entre todas las manifestaciones épicas verdaderamente nacionales ó anónimente engendradas y trasmitidas, trátese de la *Iliada* ó de *Mío Cid*, sus más evidentes prodigios de crítica y penetración histórica requirieron no pocos años para entrar en la corriente de nuestra ciencia literaria é informarla y conducirla como ahora la conducen.

Y su valor poético otro tanto, desde la maravillosa *Canço del Pros Bernat*, hasta ese cuadro ó ex-voto trecentista y angélico del *Cas veritable*, que nos vuelve á otra vez á recordar el alma candorosa é ingénua de nuestro Mentor, tan acorde con todas las cosas puras, matinales y primitivas. Por el estudio había llegado, dentro de su especialidad, a las cumbres de lo universal y cosmopolita á la verdadera eminencia. Pero su filiación poética era noblemente, delicadísimamente popular. *Era pueblo* á su modo y en su más alta acepción; en el pueblo hallaba, como un homérida de todos los siglos, la fuente de las creaciones poéticas más vastas é inmortales, las que abrazan y riegan los confines y la raiz primera de toda nacionalidad, de toda raza, de todo idioma. En este caudal, gustaba de fundirse y anegarse, oyendo zumbar dentro de sí todo lo inconsciente y profundo de la patria y las generaciones que fueron, sintiéndose disolver en tal oceano y correr arrastrado por su marea eterna. Y, por lo mismo, el monumento que lo conmemore ha de levantarse allí donde su mansedumbre y humildad de corazón buscaron la «escondida senda» y el oráculo de la única felicidad asequible en este mundo.

MIGUEL S. OLIVER

La Vanguardia.

RON BACARDÍ

Discurso del Dr. Torras y Bages

El hombre cuya memoria hoy honramos en Villafranca, como hijo ilustre que ha de servir de enseñanza á los porvenir, fué, como todos sabéis, un literato insigne que formaba parte de la aristocracia literaria de Europa; y su vida intelectual es tan extensa y tan intensa, que se ejercitaba en la universal literatura humana, siendo por consiguiente, un espíritu cosmopolita.

Eranle familiares las manifestaciones estéticas de todo el linaje humano, conocía la corriente de la civilización literaria universal con sus multiformes variedades de tiempos y lugares; y, no obstante, la obra literaria de Milá, que naturalmente corresponde á la formación de su inteligencia poderosa, tiene siempre unidad de creencia, es siempre el fruto de un mismo árbol, simpre manifiesta la unidad de su espíritu.

Un espíritu no es grande, sino goza de esta prerrogativa de la unidad. Un espíritu variable, inconsistente, que cambia de ritmo según las circunstancias, es hijo de las circunstancias, pero no es él mismo, no tiene personalidad; y providencialmente el día de la dedicación del monumento á Milá y Fontanals es el día de la gran unidad para todos los hijos de Villafranca. La fe sobrenatural y los naturales afectos de familia, la piedad religiosa y las expansiones populares comunes á clérigos y seglares, á jóvenes y ancianos, á ricos y á pobres, todo se junta en la fiesta de San Félix, mártir, patrón de Villafranca. Milá participaba siempre con espiritual delicia en esta fiesta, porque su rica complejidad, el conjunto de elementos que la integran, y el sentimiento que la unifica, tenían una identificación perfecta con su espíritu.

El, enemigo de toda rigidez literaria y social, que tomó parte muy activa en las renovaciones de espíritu, que naturalmente ocurren en la sucesión de los tiempos, llevaba firmemente atados á su corazón el amor á la fe cristiana y á la tradición patria, que forman el carácter de nuestro pueblo y le dan personalidad.

Despreciar la tradición es una vulgaridad. Por ella somos lo que somos. Sin la tradición nada seríamos; seríamos como los salvajes. La herencia de nuestros pasados hace que podamos gloriarnos de ser hombres civilizados. Nos decimos españoles, nos decimos catalanes, por razón de los pasados de quien procedemos.

De Milá, si restamos la tradición, nada queda. Hojead sus libros, y desde los que tratan de las reglas ó preceptos literarios, hasta los que estudian la poesía popular, lo mismo los que tratan de historia, que los que tratan de crítica, todos ellos tienen su substancia de la tradición. Y esto es la civilización; he aquí porque los pueblos nuevos, como los Estados Unidos de la América del Norte, que no tienen tradición propia, buscan tenerla de casa ajena, y fundan bibliotecas y museos de libros y objetos que adquieren en el viejo mundo. Es porque las bibliotecas y los museos son los monumentos de la tradición, maestro de las generaciones nuevas.

Milá, como todos los hombres notables, es un gran mayorazgo. Es uno de los mayorazgos de su generación. Cada generación produce hombres que de la herencia de los pasados, que ellos aumentan y enriquecen, tienen el mayor caudal y lo aplican á las necesidades actuales, de su tiempo, de su lugar, de sus contemporáneos, y le abren paso para los venideros. De manera que la tradición es lo contrario de estancamiento; nada hay tan progresivo como ella. Es como

un majestuoso y abundante río que cada generación acrece enviándole su contingente. Los que quieren romperla son como el que quisiera romper el curso de un río que en unos puntos inundaría y en otros secaría el país.

Un heredero jamás se avergüenza de su casa paterna, aunque haya acrecentado en mucho los bienes de su casa. Por el contrario, la estima y la venera, por humilde que sea; la guarda como una reliquia, y la considera, con razón, como la base, el fundamento, el principio de su opulencia. Por esto Milá, uno de los herederos de nuestra tradición, amó siempre cordialmente su villa de Villafranca, y aquí quiso venir á morir. Las campanas de la villa, sus festividades, sus costumbres, sus campos y viñedos, sus recuerdos históricos, siempre tuvieron un dulce imperio sobre su espíritu, aquel espíritu robusto que habitualmente se paseaba como dueño y señor por los amplios espacios de la historia de la literatura y del arte de todos los pueblos de la tierra y de todas las civilizaciones humanas.

Su mayor placer, aparte de la contemplación de las cosas divinas, hallábalo en el amor á Cataluña y á España. Hoy domina la preferencia por lo extranjero, síntoma triste de debilidad; lo de casa parece á muchos inferior y quieren pensar y sentir como los hombres de otras naciones. Paréceles que pertenecen á una raza inferior, y es porque, en un desvanecimiento de espíritu, han perdido la conciencia de su individualidad. Milá que tanto conocía lo extranjero, antiguo y moderno, jamás dejó de ser muy catalán y muy español. Fué un literato, fué un artista indígena, sin exclusivismos, aprovechándose del tesoro de su rica erudición, pero conservando siempre la propia personalidad, y la fisonomía de su pueblo, puesto que nunca perdía el contacto con su tierra, en la cual tan fuertemente arraigado estaba: la fábula griega nos habla ya del héroe que cobraba fuerzas en sus luchas, una vez podía tocar de pies en la tierra. Y esta táctica en el campeonato literario es la que él enseñaba á sus discípulos.

Por ella paréceme que no es temerario suponer que Milá influyese fuertemente en la formación del temperamento intelectual y literario de su gran discípulo Menéndez y Pelayo; el uno catalán y el otro castellano, ambos son españoles y tan cristianos, dos almas que se movían según el mismo ritmo: Menéndez pagó á Milá su homenaje de discípulo en diferentes ocasiones; y nosotros debemos en esta hora tributar un recuerdo de gratitud al insigne castellano que vino á Villafranca á iniciar el monumento que hoy inauguramos; y su presencia hubiera sido el más glorioso elemento de esta fiesta dedicada á honrar á nuestro ilustre compatricio, á uno de los principales restauradores de la literatura catalana moderna, el primero en cuanto á la superioridad intelectual. Dios ha querido llamar á la eterna gloria á Menéndez y Pelayo antes que llegara á viejo, cuando estaba todavía en plena actividad de espíritu. El le habrá premiado que, en las ocasiones críticas para la fe de España, jamás se avergonzara de confesarse pública y solemnemente discípulo de Jesucristo.

Los nombres de Milá y de Menéndez siempre estarán para nosotros íntimamente enlazados: no sólo por el espíritu cristiano y sincero que á ambos animaba, y por sus afinidades en la universal república de las letras, sino asimismo por el amor á las manifestaciones estéticas inspiradas por el «genius loci», que responden á las satisfaciones predilectas del corazón humano. Uno y otro están enlazados con la institución de los Juegos Florales de Barcelona; y Menéndez, castellano tan insigne, rey de la literatura castellana contemporánea, pronunció su discurso en la fiesta mayor de las letras catalanas, en nuestra lengua; y este gesto de rey, este gesto que denota soberanía de espíritu, es una gran lección que nos da, de que la lengua propia de la poesía, el instrumento más idóneo para expresar las elevaciones del alma humana, es la lengua materna. Por esto, sin duda, el exquisito aroma de sabia inocencia, de sanidad de espíritu, que exhala siempre la personalidad literaria de Milá, es más intensa y más suave en sus poesías catalanas, escritas cuando ya no era joven, lo cual demuestra la persistencia de sus amores primordiales y la acertada resolución de que el monumento que ha de perpetuar su memoria sea erigido en esta villa, donde comenzó y donde tuvo fin su existencia terrenal, y donde se amamantó con aquellos inmortales principios de vida que hacen interesantes su obra literaria y su acción social, y así paga en ricas arras derramando sobre Villafranca los esplendores de su memoria, la deuda que todos debemos á nuestra tierra natal.

(Traducción)

Discurso del Dr. Rubió y Lluch

(FRAGMENTOS)

Hoy hemos venido á honrar en este solemne día con los mármoles y públicas inscripciones, por los cuales, como dice Horacio, «spiritus et vita redit bonis post mertens ducibus», la memoria del sabio Manuel Milá y Fontanals, de quien podemos afirmar resueltamente, como de otra gloria de España que acaba de ponerse en el cielo de nuestra cultura, que indirecta ó directamente somos sus discípulos cuantos en Cataluña trabajamos en el campo de la crítica y de la erudición literaria. Hoy hemos venido á honrar, con el homenaje de mayor valía que los pueblos reservan para los grandes hombres, á aquel sabio tan insigne como modesto; gigante de cuerpo y de espíritu, y más rico de sentencias que de palabras, de dulce y recogido mirar, á aquel varón justo y cristiano, sacerdote abnegado de la ciencia á quien, como ha dicho en acertadísima frase nuestro eminente pensador y prelado Dr. Torras y Bages, puso Dios como un faro en medio de un grupo de hombres providenciales para salvar y perpetuar la existencia de una Cataluña, catalana y cristiana...

Durante veinte años, señores, pareció haber enmudecido el genio de la gloria sobre la tumba del ilustre hijo de Villafranca. En él pareció desmentirse, una vez más por el negro olvido, aquella profunda sentencia del cisne Venusino: «Dignum laude virum Musa vetat mori». Desde el gran apoteosis del Paraninfo de la Universidad barcelonesa, promovido por mi padre en la primavera del año 1887, hasta aquella mágica corriente de entusiasmo de la conmemoración semisecular de la restauración de los Juegos Florales en 1908 que nos arrastró á glorificar al Maestro, por la voz llameante del más excelso de sus discípulos, nada, absolutamente nada, hubiérase hecho para redimir su venerada memoria de la indiferencia de sus coterráneos, en triste contraste con el culto ferviente de algunos contados admiradores de su tierra y de la ajena, y sobre todo del selectísimo cenáculo de romanistas extranjeros, de los Wolf, Rajua, Gautier, Gaston Paris, Morel-Fatio y otros. Milá, era, en definitiva, una figura europea, mas no una figura nacional. Valera tenía que descubrirle en Moscou, y en Madrid tenían que descubrirle asimismo. Cuando Milá fué allí como individuo del Tribunal que debía juzgar las oposiciones de Menéndez y Pelayo, no pocos de los oyentes que formaban la gran multitud que cada día de ejercicios se apiñaba en el Paraninfo de la mal llamada Universidad Central, ávida de admirar aquel coloso de nuestra cultura intelectual, preguntábanse con curiosidad y como asombrados, quien era aquel coloso de majestuosa figura sentado en el estrado del Tribunal, intruso desconocido, entre tantas eminencias que lo componían: Valera, Fernández Guerra, Pasich, Rodríguez Rubí, Rossell, en quien no sabían ver sino que se parecía por su corpulencia á las estatuas de los reyes que circundan la plaza de Oriente. «¿Quién es ese Mila?»—preguntábanse muchos, recalcando el nombre desfigurado con cierto desdén.—Y no obstante aquel excelso desconocido era no menos que el descubridor de la epopeya de la raza castellana, el primer folk-lorista de España, superior á sus contemporáneos Durán y Almeida Garret en la depuración y clarividencia crítica; el primer historiador de las letras catalanas; el primer romanista español del siglo XIX, y el único representante de esta rama de estudios en el extranjero, donde las más importantes revistas complacíanse en publicar ó reproducir traducidos al francés ó al alemán sus notabilísimos trabajos; era, por último, el primer crítico á la europea que ha tenido España, á quien sólo Menéndez Pelayo ha podido después reemplazar dignamente. Excepto él, por ventura, ninguno de los opositores conocía ni al escritor ni su obra capital «Poesía heróica popular» que había revelado á la literatura española la existencia de todo un riquísimo é ignorado hemisferio de su producción. Mas ¿cómo le conocerían, si el mismo Amador de los Ríos, su más eminente historiador, en la erudítísima disertación que precede á su difusa pero seria «Historia crítica de la literatura española», donde habla de todo cuanto en España y en el extranjero se ha escrito y publicado en tal materia sin olvidar el escritor más insignificante ni el esfuerzo más vacío y estéril, no estampó una sola vez el glorioso nombre del más alto maestro de la literatura nacional, que ya entonces había pasado las fronteras de su patria? Mas ¿qué importa todo esto para nuestra cultura? Nuestros tribunales y gobernantes no han dejado hasta ahora—hasta ahora afortunadamente, pues ya se columbran esperanzadoras claridades de cambio de tiempo—de seguir recompensando con cátedras de literatura española á algunos incapaces de estimar los tesoros de madurez intelectual que se contienen en las obras del gran Maestro...

Háse dicho con mucha razón, más de una

CAMISERIA, CORBATERIA y NOVETATS
Géneros de Punt - Especialitat en Camises a mida
Plassa de Sant Jaume, 5 y Bisbe, 2 - BARCELONA
ALOY

vez, que las grandes reputaciones se forman á espaldas de los contemporáneos, que los más sólidos son las consagrados por las generaciones que no les conocieron. Líbreme Dios de dar á entender con eso que los contemporáneos de Milá hubiesen sido injustos con él. Paréceme haber dejado bien probada antes de ahora, la autoridad de maestro que ganó por encima de aquéllos, cuando era todavía muy breve su producción, por su vastísima cultura, por su poderosa mentalidad, por la alta prudencia y moderación de sus consejos. Mas hemos de reconocer asi mismo, si queremos ser imparciales, que su esfera de acción no fué tan estensa como de sus prestigios podíase esperar, y que ha sido uno de los autores menos leídos, menos estudiados, aparte de sus discípulos forzosos, y menos concientemente apreciados en nuestro país. Generalmente todos los grandes genios son superiores á su tiempo. Así como no hay hombre grande para su ayuda de cámara, así también el genio se oculta á menudo a los amigos de la infancia y se revela en cambio más claro á los extraños ó á los por venir.

Los especialistas además, por punto general, no son comprendidos durante mucho tiempo, sino por ellos mismos. Se adelantan á sus contemporáneos en sus adivinaciones o descubrimientos, y suelen convertirse por este motivo, en almas solitarias. Son los primeros en trillar un camino desconocido. ¿Cómo ha de ser posible que conozcan la utilidad de un atajo, aquellos que nunca han puesto en él el pié? Milá, como hemos ya insinuado al principio, gustó muy á menudo las amarguras de esa excelsa, pero especial posición de su espíritu, y se sintió más solo y más incomprendido de lo que quisiera. Esto le hizo celoso y desconfiado de su gloria, de la que se preocupaba mucho más de lo que exteriormente parecía compatible con su natural tan modesto y tan suave, tan prácticamente cristiano, tan entregado á lo austero, y, en él, fácil ejercicio de las virtudes domésticas y retiradas. Gozó, es cierto, de una gloria y de una superioridad tranquila y por nadie disputada; pero aspiraba á algo más. Su espíritu no se resignaba fácilmente á esa adhesión, muchas veces sumisa é inconsciente, impuesta por un prestigio misterioso, del que no se conoce ni la medida ni la amplitud, sino que la hubiese querido más espontánea y sinceramente sentida.

El linaje de sus estudios contribuía mucho por otro lado, al aislamiento intelectual en que vivía. Fué el iniciador en España de novísimas y diversas orientaciones, y apenas tuvo en ellas discípulos, ó los tuvo muy tarde, al declinar de su existencia, cuando aquellos estudios ya habían avanzado considerablemente, sobre todo en el extranjero. Dificultaba también que se ensanchara el círculo de su influencia, la autoridad de su método científico que á tantas falsas reputaciones contrariaba, y sobre todo la austeridad aun mayor de su estilo esquemático y sentencioso, en el que no hacía la menor concesion al oyente ó lector, rehuyendo toda ornamentación vacía, toda gala retórica, que para él eran celadas tendidas á la integridad y á la precisión del pensamiento. Ello fué causa de que aun hombres eminentes—citaré aquí solamente á Guardia - que no se han formado un verdadero ideal de lo que debe ser el lenguaje propiamente científico, le negaron el talento de escritor en bloque, y aun los dotes prácticos con que el Señor habíale favorecido, concediéndole únicamente las de investigador y erudito infatigable. En realidad, sobre todo en los últimos años de su vida, no conoció Milá la emoción poética ú oratoria que tan atractivos hace al maestro y al escritor, y alejóse de ellos, por ventura temporalmente, por ventura á sabiendas y reflexivamente, convencido, con una científica seguridad, de que á las materias que trataba no les sentaban bien las flores de las gracias. Reconociendo ese defecto, que en cierto modo no es tal, y que le hizo de lectura arisca y premiosa, es preciso confesar que este estilo tiene también su belleza intelectual, y que ofrece muchas veces inesperadas sorpresas de novedad de expresión. En este aspecto al menos inconfundible, de su personalidad, tan distanciada de lo vulgar, tan excelsa en todo, en donde ésta se ostenta de un modo más potencial y nuevo. Nadie tal vez, en España, podría parangonársele en esta su originalidad y solidéz de forma, ni en la precisión que llegó á dar á su pensamiento. Si la adjetivación de prosa límpida y firme puede aplicarse á algún escritor, á ninguno con más justicia, sin duda, que á Milá y Fontanals. De las entrañas de su pensamiento sale siempre la idea, despejada y desnuda si se quiere, pero vigorosa y firme en sus contornos. Nadie en España había divisado como él la severa armonía que debe presidir la unión de la forma con el pensamiento; nadie puso jamás un cuidado más escrupuloso en no alterar un punto arbitrariamente las relaciones naturales de las ideas y de las cosas. Ni las intemperancias de color ni los estremecimientos enfermizos de lenguaje eran hechos para aquel aneiano de harmónica presencia que no parecía haber aprendido otro que el sencillo de las canciones populares, ó el severo de los libros sapienciales.

Sólo he de añadir unas pocas palabras á lo dicho y voy á terminar. No basta á perpetuar la memoria de Milá el hermoso monumento que acabamos de levantarle, y que han de acariciar desde ahora para siempre las auras del Panadés que despertaron y dieron calor y vida á su poética inspiración. El principal fundamento de su gloria son sus obras. Sin ellas no hubiera vibrado la voz augusta del heraldo de sus grandezas, ni el arte hubiera acumulado armoniosamente sus mármoles inmortales sobre sus despojos.

El pensamiento de reunir en una edición esmerada todas sus obras dispersas que inició la familia, y que en gran parte llevó á término el incomparable Menéndez y Pelayo en medio de su milagrosa producción, ha quedado incompleto ya en vida del sabio colector. Cataluña está interesada hoy más que nunca, en realizarlo, para que la glorificación de Milá no resulte infructuosa y á fin de que sus obras que han sido el pan espiritual de tantos hijos suyos, puedan difundirse en todo lugar y sean el fuerte alimento de las nuevas generaciones. El monumento triunfal, sin su complemento, el monumento intelectual, sería un acto de insinceridad y adulación esteril. Un hijo abnegado y emprendedor de Villafranca, el joven Roig y Roqué, ferventísimo devoto de su gran compatricio, que tantas iniciativas ha tenido en su glorificación, recoge, hace tiempo, con amorosa solicitud, toda la numerosa producción de Milá, más numerosa de lo que debiera de esperarse de aquella su vida tan profundamente contemplativa, colección que yace dispersa en gran parte, en multitud de revistas y periódicos nacionales y extranjeros. Sin una previa y escrupulosa bibliografía no puede emprenderse de nuevo, no sólo la continuación de dichas obras, sino la reimpresión de las publicadas, y principalmente de las ya agotadas. Una nueva y total edición sujeta á un plan más regular y calculado que el de la primera, recogida con excesivo apresuramiento, sería el ideal de cuantos consideramos los libros de Milá, al mismo tiempo robusto alimento intelectual y fiesta del espíritu. Quiera Dios que este ideal no permanezca por largo tiempo sin realizar...

(*Traducción*)

Milá y Fontanals como crítico literario

Moral literaria

Contraste entre la escuela escéptica y Walter Scott

Debemos considerar oomo precursor y prototipo de la escuela escéptica, que priva hoy día entre los franceses, el *René* de Châteaubriand, en razón de lo incierto de sus ideas, lo vedado de las pasiones que le agitan, la fiebre de un corazón enfermo, y el torcedor que le atormenta durante su peregrinación; bien que aquel cúmulo de ideas graves, aquella atmósfera de pensamientos religiosos, de que ha sabido el autor de *Los Mártires* rodear á su héroe, son causa de que deje en el ánimo la lectura de su novela cierta impresión sana y religiosa, más bien que otra impía y desasosegada.

Lord Byron, calificado por un paisano suyo de medio fatuo y medio mujer, es el que más se ha distinguido en levantar al alto quejas contra la existencia y la sociedad, siendo en realidad, ó al menos en apariencia el que menos motivos tenía de quejarse: dotado de un talento superior, bella figura y elevado carácter, heredero de cuantiosos

bienes y de un hombre ilustre, en país donde éste da singular prestigio y coloca en alto puesto, el desacierto de los primeros pasos de su adolescencia, su temperamento, que no cuidó de dominar, y la injusticia con que en la *Revista de Edimburgo* atacó en sus juveniles ensayos la descontentadiza raza de los críticos, fueron bastantes á agobiarle y volverle sobre manera atrabiliario en lo más florido de sus años. Y tanto, que será aprensión acaso, pero para mí su individualidad raya en egoísmo, en capricho su originalidad: no puedo menos de considerarle enemigo de los lores y de la Escocia, al admirable entusiasta del Partenón; al verle generoso defensor de Pope y de su clásica escuela, se me antoja detractor del laureado Southey y de la literatura contemporánea: me parece, en fin, que juega sin escrúpulo con los principios. y aun con la opinión de los hombres y de los pueblos, al modo que derramaba sus buenas libras esterlinas para satisfacer los impulsos de su negro humor. Pero no había llegado Byron al punto á que nuestros vecinos, y no sé donde iremos á parar, si calculo los últimos términos de la progresión descendente que ha seguido la poesía escéptica desde *Fausto* hasta las impuras *Memorias del diablo*, habiendo pasado, de uno á otro de estos dos libros, desde el gabinete del sabio hasta los estrados de la cortesana. Esta literatura, que ha interpretado todos los sistemas, ojeado todas las historias, puesto la mano en todos los monumentos, desflorando hoja á hoja la corona del pensamiento; que ha mascado sin apetito mil manjares diversos para paladearlos y escupirlos en seguida, es la que domina en la mayor parte de las obras de Soulié, Balzac, Víctor Hugo, Madama Sand, etc.

Sin indicar tales escritores por qué medios caminamos hacia ella, nos hablan de una muy cercana edad de oro; nos dan por aborrecibles muchas instituciones vigentes, sin decirnos quién y cómo debe derrocarlas, y cuáles las han de substituir para no desatar los vínculos sociales; elevan el alma con su tono inspirado, sin evocar ante ella ningún genio de las alturas; interrogan á placer la esfinge de la humanidad, y no se toma el trabajo de descifrar sus respuestas. Nos pintan además como un estúpido rebaño, al mismo tiempo que pretenden que todo, sin exceptuar las vallas del buen parecer y de la moral, se rinda al hombre de talento; y cuando dan entrada á mil dudas sobre la virtud y los deberes, afectan creer en la mayor abnegación, en los sacrificios más heróicos, sobre todo en punto de amor, para cuyos afectos ha venido á ser de moda lo de «¿Qué me importa el universo si soy tuya? injúriame, y bendeciré tus acentos, seré tu perro, esclava de tu mujer»... Palabras y más palabras, que se han escapado á buenos escritores, entre expresiones más sentidas, y por lo tanto menos amaneradas.

En resolución ¿qué sacaría en claro quien de tanto cuento, drama y novela del día quisiera formar un código filosófico? Que los autores del siglo XVIII eran altamente materialistas, pero que varios del presente no les van en zaga; que el cristianismo es sublime, sin que por eso sea el matrimonio una de las cosas más respectables; que se conservan virtudes inauditas, sobre todo entre los individuos excluídos de la sociedad, aunque nuestra especie se marchite ya gastada y moribunda que este siglo, que por la mano nos conduce á un porvenir encantado, es de lo más detestable é imbécil que imaginar se pueda; que los tiempos pasados eran hermosos y heroicos, pero los personajes, cuya memoria nos han transmitido como gloriosa, abominables y dignos de desprecio... Nada en fin, absolutamente nada, ó por mejor decir, confusión en la cabeza y abatimiento en el corazón.

Inútil será decir que no hemos atendido al mérito literario de las obras francesas, y excusado es hablar del Walter Scott en una ciudad donde son sus novelas leídas, y por consiguiente admiradas, la de España en que mayor número de buenas traducciones se han impreso y en donde ha prendido tanto su lectura que si se ofreciese reunir un número considerable de jóvenes ligados con el vínculo común de una idea sólida y vivificadora, más tal vez que invocando un lema político, se lograría con inscribir en la bandera: *Admiradores de Walter Scott*. Este célebre novelador, romántico de veras (perdóneseme el vocablo), que ha cerrado según visos la lista de respetables románticos, ha recorrido con noble anhelo la historia, en particular desde la invasión de los bárbaros hasta nuestros días. Ha pasado los ojos de consiguiente por las épocas más turbulentas de los modernos fastos, mas la mirada de indulgencia que preside sus pesquisas, lo presenta cual conciliador de los principios é intereses más encontrados. Abundaba su alma en expansión y en honradez, abrigaba asentimiento á todas las verdades, simpatía para todas las virtudes; y así es que, apasionado investigador de los antiguos tiempos, estima en alto precio los adelantos de las ciencias y de la industria; que cantor de las supersticiones populares, aclama la creciente civilización, y que con ser aristócrata, nadie ha tenido en más al hombre ínfimo de la plebe. Póstrase, es cierto, con dignidad ante el trono de los reyes, encomia la lealtad del vasallo de Carlos II, nos da á sentir las virtudes que templaban la corrupción y barbarie de los tiempos feudales; al paso que ensalza las del rígido republicano en Woodstock, ama en su mente á su honesta Béattie y a su judía Rebeca, y tiene en cuenta la virtud altanera del porquero Gurt, la experiencia del mendigo Edie, la honradez del aventurero herrador Wayland. y hasta las travesuras del pilluelo Flibbertigibert. Profundo moralista, historiador consumado, nos desenvuelve la genealogía, por decirlo así, de los acontecimientos, la filiación de las ideas y de las costumbres, nos da sencilla razón de las instituciones que la fuerza de los hechos acá, allá el capricho, las virtudes ó las pasiones de los hombres han levantado; sin envolvernos en una ciega fatalidad, como ciertos historiadores modernos, que consideran los primitivos elementos de la humanidad como simples premisas de problema metafísico, de las cuales por medio de una operación conocida hemos debido de llegar á un resultado necesario. El orden, la razón y la justicia dominan en Walter Scott sobre el caos de los acontecimientos, y tal es seguramente su idea matriz de la cual poseía el secreto, y de cuya extensión y fecundidad él solo podría darse cuenta. Ni ha adulado á los hombres ni les ha calumniado, y aun cuando levante los secretos pliegues que ocultan las debilidades del corazón, su sonrisa benévola obliga el nuestro á la indulgencia del suyo. Decía Ecorntcliff al enano misterioso: «Espantoso es el cuadro que hacéis de la vida, pero no por eso se abate mi valor... debemos tolerar las desgracias con resignación, y gozar de la felicidad con agradecimiento: á un día de trabajo sigue una noche de descanso,» etcétera.; y lo misma dice Walter Soctt á sus lectores que dejan siempre sus novelas con deseo de obrar, y precisamente de obrar bien.

Y á este hombre maravilloso, que parece había de gastar sus fuerzas en la meditación y el estudio, dedicar sus momentos todos á la creación, le vemos portarse en la vida con arreglo á los modestos deberes del puesto que ocupaba, semejante al solitario de la Tebaida, que después de conversar con los angeles, cultivaba humildemente con sus manos el pobre trozo de huerta que le había cabido.

Albun Pintoresco Universal (1842) (1)

(1) Una nota ms. de Milá señala con interrogante la fecha de 1839 á la composición del presente artículo

ENFERMEDADES de la PIEL y CABELLO
SIFILIOGRAFÍA
Dr. Umbert - Calle Canuda, 62

Milá y Fontanals como filólogo

La literatura italiana y la catalana

Causa de variadas relaciones históricas entre Italia y nuestras provincias de lengua catalana, á más de la jurisdicción de Roma, como metrópoli del cristianismo, fueron la navegación y el comercio en las costas de Levante, los auxilios prestados por algunas repúblicas italianas en nuestra guerra sagrada, la venida de jurisconsultos boloñeses el dominio de la casa barcelonesa en Sicilia, la larga permanencia de Alfonso V. en Nápoles, las campañas de los españoles en Italia, la común dinastía de España y Nápoles en tiempos más próximos

Así no es de extrañar que las artes y las letras italianas que tan general influencia han ejercido, la hayan tenido también en nuestras tierras. De las artes solo diré que ya en un documento nuestro del siglo XI (si mal no recuerdo) se menciona un arquitecto lombardo y que, como es de suponer, vuestro renacimiento no fué estéril para nosotros (1). En el presente siglo, además de esculto-

(1) Hállase, por ejemplo, el sello del renacimiento italiano en las fachadas de casa Gralla (ya derruída!) y de San Miguel y en la elegantísima de la Audiencia. El célebre Panteón de Bellpuig, obra notable aunque ya algo amanerada, fué traido de Italia. Considerable fué la influencia de vuestra pintura especialmente en Valencia: Vicente Juanes, padre de Juan y de Dorotea y Margarita, también artistas, estudió en Italia; en otros pintores valencianos se han reconocido huellas del estilo de Leonardo de Vinci, debidas, según parece, al ejemplo de Luini. Veáse sobre pintores italianos en Valencia, Villanueva, *Viajes*, I, 38 ss.